

*Critica del primer siglo de nuestra
Independencia*

Todavía antes habría que recordar a Quetzátcoatl, educador que hizo beneficios sin cuento y creó de su mismo fracaso una maravillosa leyenda. En seguida recordamos a Vasco de Quiroga, a Motolinía y Gante, arquitectos, pensadores y maestros, que crearon riquezas y educaron mentes; iniciaron industrias y orientaron pueblos, que fueron, en una palabra, constructores. Tampoco sería posible negar el mérito de virreyes y arzobispos como Zumárraga y Antonio de Mendoza; ni a Luis de Velasco, que dijo: "Más importa la libertad de los indios que todas las minas del mundo"; ni a Revillagigedo, que hizo justicia sin derramar sangre, y no acumuló fortuna propia, pero sí llenó la colonia de edificios, de calzadas, de caminos y de progreso. Que se diga a los niños lo que hace cien años no se les enseñó, porque un partidarismo estúpido lo veda tácitamente, y es que en el Siglo XVIII y desde el final del XVII hubo en nuestra patria la civilización más intensa que entonces se conocía en América; que hubo entonces arquitectos y pintores, y sabios, y literatos, y escuelas, y universidades e imprentas. Si todo esto lo ignoramos, ¿dónde podremos encontrar la confianza en la propia raza, el orgullo que se necesita para levantar obras? ¿Cómo podremos creer en nosotros mismos, si comenzamos negando nuestras raíces y vivimos en el servilismo de imaginar que todo lo que es cultura ha de tener etiqueta de importación reciente, como si nada valiese el esfuerzo de los siglos que han acumulado en este suelo, en diversas épocas, torrentes de civilización que en seguida desaparecen, justamente porque no sabemos ligar el ayer con el presente, y ni siquiera los esfuerzos todos de una sola época? ¿Y por qué no entrar valientemente a la crítica de todo ese siglo primero de nuestra Independencia, que es como una orgía de vándalos? ¿Qué es lo que hemos hecho en este país los mexicanos? Dejamos perecer a Hidalgo, el varón fuerte, justo y laborioso; a Morelos, el vidente; a Mina, el heroico, y en cambio prostituimos nuestros primeros triunfos, coronando emperador a un bribón como Iturbide. Poco después, endiosamos a Santa Anna; pero no supimos imitar en sus austeras disciplinas a Juárez, ni a Ocampo, ni a Lerdo, y todas las libertades que ellos nos conquistaron las pusimos a los pies de otro traidor del progreso: el déspota Porfirio Díaz. En su gobierno, México se quedó atrás de la Argentina y Brasil, y no nos dejó más herencia que once años de lucha intestina, para remediar males que él sólo

supo acrecentar. Y así nos hemos pasado el siglo, de caudillaje en caudillaje, gobernados por la violencia y corrompidos por la codicia. Todo esto hay que decirlo al niño para ver si el asco de nosotros mismos nos lleva alguna vez a consumir un cambio.

*Hay que distinguir al que sabe
del que no sabe*

En este Día del Maestro, que es una de las fiestas más puras del calendario oficial, dediquemos un recuerdo de afecto a todos los que en cualquier época y cualquiera que sea su sangre y origen, hayan dejado una huella benéfica, una obra, un servicio, en este suelo desventurado. Levantemos así el ánimo público a la contemplación de los valores auténticos y haremos de la escuela un refugio ideal de la verdad y del bien. Que la escuela deseche las falsas etiquetas de la política militante. Nada importa titularse liberal o conservador, o radical o bolchevique; lo que interesa es distinguir al que sabe del que no sabe, al que edifica del que derrumba, al que crea del que destruye. Lo que importa es condenar a los que no hacen y a los que nada intentan. No hacer es ya un principio de destrucción si se considera que no hay obra humana que no requiera ser conservada con empeño, para que se renueve y perdure. La historia olvida las palabras, pero atiende a la magia de las obras; en esto pensaba hace poco tiempo al recorrer pueblos del Estado de México, donde ha quedado la huella de un gobernador de la dictadura, José Vicente Villada, que hizo caminos, edificó escuelas, plantó árboles, creó bienestar y demostró honradez. Meditando en esto, me decía: este porfirista es más de los nuestros que tantos y tantos que se pregonan revolucionarios; él merecerá bien de la historia y es de los elegidos, porque es de los constructores. Lo mismo he pensado muchas veces de la obra de Justo Sierra, otro porfirista, que en el desfile patrio ocupará mejor sitio que tantos y tantos que sólo saben ufanarse de que son muy revolucionarios.

De tanto mirarlo prostituido, he llegado a rebelarme contra el nombre de la Revolución. Revolucionario debiera llamarse el que no se conforma con la lentitud del progreso y lo apresura; el que construye mejor y más de prisa; el que trabaja más bien y con más empeño; el que inventa y crea y se adelanta al destino. Revolucionario es el que sueña y realiza; el que levanta una torre más alta que todas las que había en su pueblo; el que formula una teoría social más generosa que todas las tesis anteriores y dedica su vida a lograrla; el que con sus obras aumenta el bienestar de las

gentes. Revolucionarios fueron los creadores de la nacionalidad, no tanto porque rompieron lazos con España, sino porque constituyeron o quisieron constituir una patria más justa y más libre que la vieja colonia. Revolucionarios son también los que implantaron entre nosotros la libertad del pensamiento y desamortizaron los bienes de manos muertas; los que introdujeron la máquina de vapor y los ferrocarriles. Los grandes ingenios, los grandes organizadores de gobiernos y de pueblos, esos merecen titularse revolucionarios. Los que no más destruyen, no pasan de bandoleros. Los que no hacen ni deshacen, son sólo ineptos.

Calvario del hombre de bien

Habéis querido que yo viniese a un local que os es propio, para escuchar vuestras quejas, para dolerme de vuestros males; pero yo no he querido limitarme a padecer con los males del momento, que quizás se remedien mañana con un oportuno pago de deudas; yo he querido de una vez, entrar al examen de las causas fundamentales de este largo calvario del hombre de bien, no sólo del maestro, del hombre que edifica y trabaja en este medio pobre y caótico en que todo esfuerzo puro parece que nace condenado de antemano al fracaso. Me pregunto dónde está la solución, y vuelvo a repetir que no la veo más que en ustedes; que no la veo en otro recurso más que en la reforma moral de la enseñanza. Primero es crear hombres y después se pueden ensayar teorías. Para crear hombres, es claro—no quiero que se dé torcida interpretación a mis palabras—es indispensable que el problema de la riqueza social se resuelva leal y equitativamente, en forma justa y en forma práctica. Cuando la revolución exige esto, la revolución es santa; pero la revolución está obligada a tener talento y a producir progreso. La revolución no es campo de matanza, sino sementera germinadora y abundancia conquistada con el trabajo y la energía. La revolución es libertad, pese a los que siempre andan en busca de un tirano a quien cantar loas. La revolución pueden prepararla determinadas leyes de reglamentación de la riqueza o de organización del trabajo; pero sólo los maestros pueden consumirla, infundiéndole en los espíritus la noción clara de los principios, sin alianzas con personalismos que los degradan, sin transacciones de convivencia personal que los corrompen. Sólo los maestros pueden crear esta generación salvadora, esta generación realmente revolucionaria, que ya no va a endiosar a los hombres, sino a exigir que se cumplan las leyes; que ya no va a jurar